

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN HUANCVELICA
TERCERA SESIÓN
26 DE MAYO DE 2002
9:00 A.M. A 2:30 P.M.

Caso número 13: Estudiantes del Instituto Pedagógico

Testimonios de Eugenia Suárez Villafuerte y Alicia Isabel Colina Soto

Doctor Salomón Lerner Febres

Invitamos a la señora Eugenia Suárez Villafuerte y a la señora Alicia Isabel Colina Soto para que brinden su testimonio. De pie por favor.

Señoras Eugenia Suárez Villafuerte y Alicia Isabel Colina Soto, ¿formulan ustedes promesa solemne de que su declaración la harán con honestidad y buena fe, y que, por tanto, expresaran solo la verdad en relación a los hechos relatados?

Señora Eugenia Suárez Villafuerte y señora Alicia Isabel Colina Soto

Si.

Doctor Salomón Lerner Febres

Muchas gracias. Pueden tomar asiento.

Monseñor José Antúnez de Mayolo

Señora Eugenia, señora Isabel, tengan ustedes muy buenos días y bienvenidas a esta sala de audiencias. Les agradezco en nombre de la Comisión de la Verdad el haber venido, y les animo a que den su testimonio con toda franqueza y tranquilidad. Siéntanse cómodas y digan lo que han vivido, lo que han sentido en esos días. Pueden comenzar.

Señora Eugenia Suárez Villafuerte

Bueno, muy buenos días tenga cada uno de ustedes. Mi nombre es Eugenia Suárez Villafuerte, madre del joven desaparecido José Alfredo Ayuque Suárez. Ese joven fue estudiante del Pedagógico de Educación Física, cursaba el segundo año, quien por entonces tenía veintitrés años de edad, un joven bastante estudioso, ocupado, dedicado a sus estudios y a su casa. Fue un día... profesor de educación física en la escuela 3602 en las azules.

Sale con mi consentimiento. Me voy al hospital, regreso al día siguiente a las siete de la mañana y veo a mi madre que como desesperada, loca, me llamaba. Me dice: «¡Eugenia, apúrate!». Yo aceleré el paso. Le digo: «¿Qué ha pasado mamá?». «Eugenia», dice, «a Alfredo y a sus amigos, la Policía los ha llevado». «Pero, ¿qué policía? y ¿dónde han estado?». Me puse ahí a conversar con ella. Y me dice: «De la casa de la señora los han sacado. Y dice son los soldados. Ha venido a comunicarme de la señora de Cusi... su hija... no sé... su familiar ha venido a decir».

Me fui. Me relacioné con las señoras. La señora de Cusi no se encontraba allí; había viajado. Con la señora de Crispín conversamos desesperadas todo. Y ahí nos relataron los vecinos, porque la Sra. de Cusi tenía varios inquilinos. Entre ellos, había un policía, Néstor Miguel. El policía... le preguntamos y dijo, todavía disimuló dijo: «Parece que eran los soldados». Ahí habría visto tanto nuestro llanto, lo que le llorábamos. Y él dijo que: «Sí eran los soldados e, incluso, a mí, como vieron mi metralleta en la cabecera, me quitaron. Me sacaron semidesnudo afuera. Tuve que sacar mi documento de identificación. Ya yo les decía: «¿Por qué lo llevan a esos muchachos?, si ellos no han hecho nada, están tranquilos. Yo soy inquilino aquí». Y con vulgaridades, le dijeron que se callara, que él no se meta en eso, que lo que había visto... él no

diga nada, porque no había pasado nada. El joven recogió su metralleta, las balas que lo habían vaciado todo y se entró.

Bueno, todo esos relatos habíamos escuchado, y estos jóvenes tenían un trabajo, yo tengo la constancia, en el cual me ha dado la profesora del Instituto... por entonces, todavía, que a los alumnos del 2do A se les dejó el trabajo de investigación grupal, sobre el tema: Desarrollo cognoscitivo y conceptual en la segunda infancia, cuya fecha de entrega es el día 3 de julio y los integrantes son: José Alfredo Ayuque Suárez, Javier Crispín Colina y Temístocles Cusi Riveros.

Esto es la constancia que tengo. Este trabajo habían hecho. Esos trabajos se encontraron rotos, en todo el piso de la señora de Cusi. Todo el armario de sus libros tendido en el suelo, pisoteado. Ahí habían las huellas de las botas de los militares.

Entramos las tres de acuerd... las dos todavía, porque la señora todavía no llegaba. Fuimos al comando político; no se encontraba. Fuimos a la PIP; no sabían. Fuimos a la comandancia, a la comisaría; nadie sabía el caso. Con la Sra. de Crispín dijimos: «¿Qué hacemos? Señora, ¿adónde vamos?». Vamos nuevamente al jefe político, nos negó. Nos botaban como a basuras de su oficina. Pasó las horas. No sabíamos qué hacer. Pasó un día. No solo era nuestro caso, era cantidad de madres de familia, padres de familia desesperados. Nos cruzábamos en las calles, en el parque, en la comisaría, en todo sitio, nadie nos daba la razón.

Bueno, pasó algo de cinco o seis días. Un domingo 9 de julio, que había izamiento acá en Huancavelica cada domingo, salí y le veo a un soldado encapuchado. Me acerco a su lado, porque le vi todo triste. No sé si estaba comiendo sus panes. Y me puse a llorar y le digo: «Joven, por favor, dígame, tú eres soldado», le digo. «Sí, señora. No se acerque», me dijo. «Papacito, ya son cuatro o cinco días que mi hijo no hay... José Alfredo. Quizá lo conoces y me han dicho que es el Ejército el que lo ha sacado». Se queda mirándome, no me contestó nada y le digo: «Hijo, te estoy hablándote. Contéstame», le dije. «Señora, no se acerque. Retírese más allá. No sé nada». Le insistí, le dije: «Por el ser a quien más quieres, por favor». Había otro soldado. Le preguntaba, me miraba, no me contestaba, pero no sé, algo me dictaba que a ese joven... no le solté. Y me dice, ahí ya de tanta insistencia: «Usted es enfermera», me dice. «Sí», le digo, «soy enfermera. ¿Qué ha pasado?» Señora, por favor, no se acerque, ¿su hijo es Alfredo? «Sí, Alfredo es mi hijo. Por favor, papacito, ¡dime que hay!», le digo. «Tengo una papeleta para usted». «¿Qué dice?», le digo. «Entrégame ahorita». «No, señora, ahorita no puedo. Por favor, quédese allí porque mi... el oficial me está viéndome de allá. El día martes le estoy trayéndole». «Y ¿cómo sé que tú me vas a traerme si no te veo la cara?», le digo. «Señora, confíe en mí. Deme su dirección». Le di la dirección de la casa de mi mamá, Odonovan 132. «¿A qué horas vas a traerme?». «A las dos... tres de la tarde, señora, le estoy trayendo».

Con mi mamá, resignada, llorando voy le digo: «Mamacita, me ha dicho». Y mi mamá me decía: «Pero hija, ¿cómo sabemos que te va a traer». «No sé, mami». Pero seguíamos indagando esos días. Habían jóvenes que iban saliendo de ahí, de la PIP, de los que habían sido detenidos y verdad a las... desde las dos de la tarde le esperé al joven y le veo que venía con un pachito decía: «¿Este joven será? ¿Qué será?». Y el joven verdad venía viendo la numeración de la casa, se acerca. Yo me levanto y mi mamá me dice: «No, no le digas nada todavía». Me acerco. El joven me mira y me dice señora: «¿Usted es la que me habló el otro día?». Le miré a la cara. «Sí papacito, tú eres soldado». «Sí, señora, pero júreme que usted no va a decir nada a nadie». «Yo no voy a decir nada a nadie. Por el amor de Dios, ¿dónde está la papeleta?». Lo sacó la papeleta; ahí lo tengo hasta la fecha. He traído solo... la copia fotostática. En esta papeleta, me dice: «Mamacita, no te preocupes. Estoy bien, no me han maltratado, pero seguro hoy día me van a interrogar. Anda donde mi directora y dile que te ayude porque la hija de la señora Emma es fiscal. Sácame pronto, mami. Esta papeleta no se lo muestres a nadie porque comprometerías a mi amigo. Huancavelica, 7 de junio 89; su firma y la dirección de la casa de mi madre: Odonovan 132».

Lloré, le abracé al joven y le dije: «¿Qué le han hecho a mi hijo?». «Señora, totalmente lo han maltratado». «Pero, ¿qué han encontrado en él?», le digo. «Y sus amigos... señora, el primero que no ha resistido los maltratos fue el joven Cusi. A él lo han matado». Lloré a gritos. Le dije: «¿Y dónde está el cuerpo de ese joven, mi hijo y el otro joven», le digo. Me dice: «Señora, al joven Cusi ya lo han enterrado». «¿Y mi hijo?». «Allí está, señora. No se preocupe». Y como la

letra está, así, un poco desordenada, le digo: «Y ¿esto por qué ha escrito así?». «Señora, le he conseguido este papel. Su hijo está atado de pies y manos. Todos están tendidos en el suelo, señora, ahí es donde ha escrito, pero ahí está su firma y su letra de su hijo. La firma es de él; la letra, también». No sabía que hacerme con este papel. Le juré al joven no decir nada y nunca he dicho quién era el que me dio la papeleta.

Fui donde mi abogado. Ya, para esto, habíamos presentado un escrito ante el fiscal. Era sin respuesta y le digo: «Doctor, esta papeleta ha salido de la base. ¿Qué hago?». Y me dice: «Señora, todavía no diga nada, porque no vaya a ser que, a consecuencia de esa papeleta, peor a su hijo lo matan y van a decir que ellos nunca han participado en eso». Voy donde un policía que era amigo. Le digo: «Esa papeleta ha sido de la base, ¿qué hago?». «Señora, por favor, no digas nada. Cállate, todavía...». Yo desesperada iba donde el prefecto que, por entonces, estaban todos los apristas arriba... por entonces estaba prefecto... Hay un señor. Voy donde el señor y le digo: «Tengo esta papeleta. Mi hijo hace días que ha desaparecido. Ha salido a hacer este trabajo junto con sus amigos». «No están», me dice, «señora, yo no puedo hacer nada. No puedo, señora, porque prácticamente no sabemos si es el Ejército quien...». Y le digo: «Pero esta papeleta», le digo, «si hubiera sido Sendero, hubiera sido otro grupo terrorista, usted cree que me dijera: “Anda donde mi directora y dile que te ayude, que su hija es fiscal. No me han maltratado”, ¿tanto reporte me hubiera hecho?». «No puedo señora».

No sabíamos que hacer las tres mamás desesperadas. Nuestra vida era en la PIP, en la Casa Rosada, que le llamaban por entonces donde estaba el coronel. Por entonces, el coronel estuvo... el señor Edgardo Alzamora García. Donde él, regresé. Le decía: «Por el ser a quién más quiere, dígame dónde está mi hijo». «Señora, usted en qué se basa para que me diga... Yo no he dado orden a nadie para que haya detención». Le dije: «Sí señor». Yo ya tenía la papeleta y le dije: «Yo sé que es el Ejército el que ha sacado. Tengo testigos: los inquilinos de la casa de la señora de Cusi. Y ahí, hay un policía». «No sé, no sé».

A tanta insistencia... hasta que un día tomé valor, fui, le hablé fuerte. Me dijo: «Siéntate, tranquilízate». Y le dije: «No, señor, ustedes me entregan a mi hijo, por favor». «No señora, yo no he sido. Y si usted tiene esa papeleta, puede a ser que usted nos quiere chantajearnos con ese papel que ni sabemos quién le ha dado».

Pasaban los días, no se tenía nada. Le vi a la hija de la señora Emma, donde me dice... aquí... por entonces... Como les digo, mi hijo era profesor de Educación Física en la escuela cuya directora fue la Sra. Emma. Fui donde su hija porque me hicieron conocer. Yo, la verdad, ni la conocía. Me acerqué llorando. Le dije: «Señora, tengo esta papeleta de mi hijo. Mi hijo sé que está en la base. Por el ser a quien más quiere, ayúdenos. Usted también va a ser madre», porque por entonces estaba gestando. Alzó la mano, nos botó abriendo espacio y nos dijo: «¡Yo no veo ningún caso. Por favor, déjenme en paz!». Salimos las tres llorando. «¿Qué hacemos señora?». Veíamos ahí los jóvenes que iban saliendo uno por uno y ahí salía un joven que era estudiante también junto con mi hijo, uno... Otro le íbamos preguntando: «¿Ahí está Alfredo?». «Sí, señora, ahí está Alfredo, está Crispín», pero de Cusi ya no hablaban. «Sí están allí, señora. Total nos han sacado la mierda, señora. Nos han amarrado. Nos han orinado. Nos han metido corriente por todos los agujeros que tenemos, pero no sabemos nada». Y le decía: «Pero, ¿qué les ha preguntado». «Nos decían, señora, de todo nos han preguntado, pero no sabemos. Nos han metido en cilindros. En el helicóptero, nos han llevado. No sé a qué sitios. Y nos decían: “Si no hablan carajo, de aquí les vamos a botar”. A gritos nosotros, señora, desesperados decíamos: “No sabemos, no sabemos”. De usted, señora», a mí me dijo, «su hijo tiene el brazo roto. Alfredo está con el brazo roto, peor con eso decía pues nos botaban de la PIP, nos botaban de la base».

Con el joven que me dio la papeleta, converso y le digo: «Papacito, mi hijo está todavía». «Sí señora, están allí». «Pero ¿qué van a hacer?». «No sé. Uno por uno están tomando manifestaciones. A Alfredo ya le han tomado, señora, la manifestación, pero no sé, los han separado, total, a cada uno. Están en diferentes sitios».

No sabíamos qué hacer. Las noticias venían, iban, hasta que yo me fui donde los sacerdotes. Pedí ayuda a ellos. Han ido los sacerdotes. Cuando vino la Cruz Roja, han ido a la base; no encontraron nada. Me encontré con el joven y le digo: «Papacito, si ha ido la Cruz Roja, han ido los sacerdotes y no hay nadie». Me mira el joven y me dice: «Señora, a toditos los hemos

encadenado y los hemos llevado a la orilla del río. Han entrado, sí, pero no han encontrado nada. Qué quiere que haga, señora. Haga los modos posibles al sacarle, señora, a Alfredo».

Pero nadie nos dio la mano. El fiscal nos negó, nos dijo: «Yo ya no les puedo atender, porque tengo amenazas». A las dos, tres de la mañana... en el cual nos dice... me dice que: «Yo no puedo ver ese caso, porque es peligroso». Mi abogado, por entonces... voy y le digo: «Doctor, por favor, qué hacemos». «Señora, ya no voy a poder atenderle. Tengo amenazas de muerte». Las tres madres desesperadas decíamos: «¿qué hacemos, señora?». A la señora le agarraba ataque; a la señora, también. Yo hasta mi trabajo lo había dejado. Ya no sabía que hacer, han abusado, han hecho lo que han querido. Ahí, me vienen noticias. Voy al hospital de mi trabajo y el personal que trabajaba me dice: «Señora, a su hijo le han traído hace dos días al hospital. ¿Dónde ha estado usted? Y le digo: «Pero ¿cómo han visto?». El médico de guardia me dice: «Eugenia, era tu hijo, porque tu hijo no hablaba nada. Los dos soldados, atrás de él así, apuntándole. Tu hijo, vestido de militar, encapuchado, que no hablaba nada. Tenía el brazo roto». Saco mi cuenta y digo pues: «Ha sido mi hijo». Y ni siquiera ha sido puesto su nombre de él en la hoja de emergencia está como Rosemiro Rioja Mejía. El médico le había dicho: «Déjenlo aquí para enyesarle, para hacerle...». «¡No!, le estamos llevándole hoy día a Ayacucho». Lo sacaron. Sabía, sí que tenía el brazo roto, pero yo confirmo, con la forma como me han comunicado allí en el hospital.

Pasaban días, me... antes del mes mandé una carta al presidente Alan García, en el cual le relato, le mando la papeleta de mi hijo, los certificados de conducta, todo ello mando a Lima. Tengo la respuesta, en el cual me dice: «Señora, hemos recibido y hemos mandado para que lo investiguen». He esperado la respuesta. Me han mandado la respuesta en el cual, en ese documento, me dice que, previa investigación realizada, su hijo no ha sido detenido por el Ejército. Firma ahí, el ministro por entonces.

En base a ello, desesperada iba a la base. No nos dejaron entrar, incluso hubo un soldado que estaba en el cerro y me decía: «¡Carajo, retírate, que ahorita te disparo!». Y le dije: «Dispárame! ¡Mátame!». Le dije. El hombre todo lo que hizo es disparar al aire libre. Me saco de allí. Mi madre me decía: «Eugenia, ¿adónde ya vas?». Y le digo: «Pero, mamá, mi hijo...». Ya habían varios jóvenes que me han certificado, que sí, él estaba adentro, pero hasta el día de hoy que son trece años. No sé, ni las señoras ni yo sabemos el paradero de estos jóvenes. Eran tres jóvenes estudiantes, no han sido maleantes, no han sido jóvenes de la calle. Eran los dos jóvenes incluso menores que mi hijo, adolescentes. Mi hijo, quien sabe, el único mayor de ellos que tenía veintitrés años.

Bueno, al recibir la respuesta del Presidente de por entonces, el doctor Alan García, tome valor, me fui nuevamente a la Casa Rosada; ya no estaba el coronel. Estaba el comandante Marconi y le digo: «Quiero hablar con usted». Me fui con la papeleta. Me pidió, lo leyó, se sonrió y me dijo: «Esto es fraude». Me senté y le dije se... le hablé. Le dije: «Señor, usted también es hijo de familia, quizá tendrá sus hijos. No se burle, es la realidad. ¿Cómo cree usted que este papel voy yo a inventarme?». Le lleve el cuaderno de mi hijo que había dejado su tema preparado para que dicte su clase en la escuela. «Fíjese la firma. Es la firma de mi hijo». Incluso pedí que se autenticara la firma del cuaderno de mi hijo y de esto, y lo llevaron; pero los militares se hicieron quedar y no me dieron la respuesta. No me dieron. Hasta que me decía: «Regrésate mañana. Regresé». Ya lo encontré a otro señor, que era, no sé con qué grado, que le decían piraña. Me acerco donde él, y me dice: «Señora, para servirle». Piraña, no era tan alto. Y le digo: «Por favor, tengo este problema. Ayúdeme». El comandante me ha dicho para poder venir hoy día... me hicieron entrar. El comandante ahí estaba parado y me dice: «Señora, le he dicho que no hay. He investigado, he preguntado anoche. No hay nadie».

Me levante, con la ira que estaba ese instante y les dije: «Por culpa de ustedes ahora yo voy a ser terrorista. Y a ti, viejo desgraciado, te voy a matarte yo. Y a ti, piraña que me estás aquí acompañando». Me miraba... «Esta loca, sáquenla a esta loca». Afuera había un grupo de dos carros llenos de soldados. Y me dijo: «Señora, hable, quién le ha dicho». Y le dije: «¿Si ustedes no dicen que están actuando con inteligencia? ¡Aquí dentro de estas basuras, que están en aquí, está el que me dio el papel! Y si son inteligentes, aunque sea sáquenle la lengua a cada uno, o quítenle los ojos y lo que han visto, para que no digan...», le dije, me retiré. Mi madre, la única que me acompañaba... tengo un hermano, claro... Somos solo dos hermanos, pero jamás ellos

reconocieron ese instante.

Ya pasó un mes. Ahí venían varios soldados, y el jovencito me decía: «Señora, conversé con él». Y le dije: «¿Tú has visto esto?». «Sí, señora, yo he ido. Yo me quedé cuidando el carro, y el que ha subido fue el que ordenó que suban... ni han entrado por la puerta, sino por el poste han entrado a la casa rompiendo el vidrio, haciendo un desorden, señora. El que ordenó fue el capitán Damián Huamán». No temo decir el nombre, y si va a haber justicia, lo que pido es que nos ayuden a saber la verdad. Yo, como madre, les pido que nos ayuden a saber la verdad de estos jóvenes. ¿Cuál fue su destino? Tengo muchos nombres de los soldados por entonces, tengo. Y los únicos que reconocieron fueron dos; pero no me dijeron que lo habían maltratado nada, sino me dijeron: «Señora, los han llevado en helicóptero a Ayacucho. Ahí esta su hijo. Ahí esta el joven Crispín», pero del otro joven ya no me hablaban, de Cusi.

He hecho muchos seguimientos. Quién sabe... en base a la burla de los señores militares que por entonces han estado... ya a la señora a su esposo... a la señora los botaba, los maltrataba. Quién sabe yo era la única. Yo creo que casualmente como loca entraba y salía de ahí, de la oficina.

Frente a todo ello, son muchos ratos desesperantes que hemos pasado. Muchos momentos que hasta la fecha esa herida no se puede cerrar en el corazón de ninguna de nosotras. Pido pues aquí a la Comisión de la Verdad que nos ayuden a investigar. Y esos señores que cometieron estos abusos, por lo menos a uno encontrarán. Que digan a donde está el cuerpo de esos jóvenes. Qué lo hicieron. Y que por lo menos, los restos nos hagan ver y nos digan que este pedazo de hueso es de él, porque sinceramente yo como madre, no me resigno a saber que Alfredo está muerto. Este joven es mi hijo, día y noche, meses, años, le hablo y le digo: «Hijo, ¿adónde estás? ¿Qué te han hecho?».

Por entonces, quedó mi hijo de cinco años, el último de mis hijos, quien también ha quedado traumatado. Quiero dar lectura a su inspiración de él. El joven actualmente tiene dieciocho años, quien ha hecho un verso donde dice: «Adiós mamá, no te preocupes. Volveré mañana y viajaremos juntos, pero no volví. No fue así. Voló a las estrellas y se olvidó de lo que más quería. Pensó que era mejor viajar y cruzar el sendero de espinas solo, sin hacer sufrir a su amor. Aquella noche fueron a estudiar, pero la sombra de la muerte los acompañaba, y fue así como sucedió. Voló, volaron solos, porque no querían hacer sufrir lo que más querían. Habían terminado. Se dirigían a descansar y fue cuando la muerte envió a sus mensajeros. Y todos a estos los recogieron y se los llevaron. Y fue así como volaron, se fueron y nos dejaron...». Este verso es muy largo, tanto ha sido el trauma de esa criatura que apenas tenía cinco años, y que hoy día se inspira así. No es solo mi hijo, son también los hijos, aquí, de las señoras quienes han vivido, y viven traumatados, y, quién sabe, por temor hasta la represión, ellas ya no han tomado ese valor que, quién sabe, los he tomado yo... todo lo sucedido son hace trece años, que lo estoy sintetizando en minutos, solo pidiéndoles justicia y que de una vez pues nombren a un fiscal que se haga cargo de este problema, y que nos hagan saber, adónde están. Gracias.

Señora Alicia Isabel Colina Soto

Bueno, señores, tengan ustedes muy buenos días, bueno yo soy la mamá de este joven Javier Crispín Colina. Era un estudiante que tenía mucho futuro, que había trazado su futuro desde muy tierna edad. Asimismo, de la señora Fortunata eran las dos jóvenes como los tres mostequeteros, para arriba, para abajo, no se soltaban para nada.

Entraron los soldados, los sacaron, le aventaron desde el segundo piso, a los tres en ese momento ya les habían maltratado. El otro es... el joven estaba más golpeado... su hijo de la señora y mi hijo también... su brazo, su mano, su muñeca le habían roto. En ese ratito, yo me pidió permiso para ir. «¿Dónde te vas a ir a hacer trabajo?», le digo. «Voy a su casa de mi amigo». Y entonces yo le dije a mi esposo: «Anda, corre, síguelo. Capaz estos jóvenes nos pueden estar engañando». Hay algunos que dicen van a hacer su tarea, pero no hacen su tarea. Y mi esposo se ha ido. «Entonces están bien, están haciendo su tarea. No te preocupes, hija», me dice, ya.

Ya al día siguiente también, vino, tomó desayuno. «Nos vamos a ir a dar examen. Tenemos

examen, mami». Tanto ya le digo... «Sí mami, tenemos examen, porque vamos a ir a representar en Ayacucho, en Trujillo...». Y un ya entonces el día domingo a las 6 de la tarde, también se fue. «Me voy, mami». «Ya hijito. Cuidado que estén yendo a otro... no vas estar saliendo de noche», diciendo, se fue. Y hasta ahora... Cuando me dijo: «Voy a volver mami». Hasta ahora no ha vuelto, hasta ahoritita. Y al día siguiente, lunes, vino su hijito de la señora, era chiquito no más. «Señora...» Tocó la puerta, yo estaba haciendo el desayuno rápido para que tome, y para que se vaya a dar ese trabajo que le han dado. Y tocó la puerta y dijo: «Dice, señora... su hijo y a mi hermanito y a su hijo de la señora se lo han llevado los soldados». «¿Cómo?», dije. Salté. «Gracias, gracias, papacito». Cerré la puerta y... «Dice al chino se lo han llevado, a sus amigos se lo han llevado los soldados. A las tres de la mañana, los soldados se han llevado».

Y fuimos buscamos. Hasta ahora no hemos podido conseguirlo, hasta ahora. «Hasta mañana» dijo. Verá, hasta hoy día, no hemos vuelto a verle. Y sus hermanas están traumatadas, prácticamente nos hemos quedado bien traumadas; más que nada la señora, se encuentra muy mal. Los tres jóvenes eran muy amigos. Y ahora yo pido al este.. ahora también que... que por ejemplo la... a la Comisión de la Verdad pido que no sea esto por gusto, que nos hagan recordar, que por favor, que nos ayuden a investigar, que ayuden a decirnos la verdad, que por lo menos nos enseñen, nos digan dónde está esos joven, que ha sido de esos jóvenes. Porque esos jóvenes eran el futuro, para quizás... tendré un futuro mejor Y para sus hermanos también. Decía: «Mamá, yo voy a hacer salir, a mis hermanos, adelante. No te vas preocupar. Yo... hágame estudiar primero. Yo voy a ayudar a hacer estudiar a todos mis hermanos, que salgan profesionales». Pero, sin embargo, todas las metas se.... tan tierna edad... ha quedado truncado todo.

Yo quisiera también acotar, que se nombre una fiscal, porque las fosas comunes existen. Que se hagan, que puede ser que estén nuestros hijos ahí. Que nos digan la verdad, solamente la verdad, porque no... ese no es... ese no es... No sé. Diario, estamos en ese recuento. Diario, «¿dónde estará, qué habrá sido de esos jóvenes, tan inocente?» No han tenido derecho a la defensa; no han tenido derecho a la salud; no han tenido un abogado que les... que por lo menos, que les asista, un pastor que, en ese momento, que les... siquiera... que les dé aliento. Prácticamente, lo han... no se sabe qué ha pasado con esos jóvenes. Por eso, señores de la comisión les ruego que nos hagan justicia, que no sea en vano estos recuerdos que tenga... que tenemos aquí.

Monseñor José Antúnez de Mayolo

Señora Eugenia, señora Isabel, comprendemos el dolor de ustedes. Una madre nunca olvida a sus hijos. Y ustedes han ido en su busca, hasta lo último. No sabemos cuál sea su paradero, y el dolor que sienten ustedes ahora, naturalmente, es compartido por todos nosotros. Sepan lo que la Comisión de la Verdad hará lo posible para investigar estos casos. Les agradecemos a ustedes por el valor que han tenido, para acercarse hacia nosotros. Les agradecemos por la versión tan hermosa que nos han dado y al mismo tiempo tan dura de esa realidad. Y nosotros, como he dicho ya, les prometemos seguir trabajando hasta conseguir la verdad. Muchísimas gracias.